

El Evangelio de hoy comienza con el regreso de los dos discípulos de su viaje a Emaús. Ellos les decían a sus amigos cómo Jesús se había hecho conocido entre ellos en el partir del pan, el Sacramento de la Eucaristía, o Comunión. Mientras ellos les decían a los discípulos lo que habían experimentado, Jesús apareció en medio de ellos. Pensaron que estaban viendo a un fantasma, pero Jesús les dijo que lo toquen y luego pidió algo para comer.

En primer lugar, San Lucas quiere asegurarnos que, aunque fe es un don que podemos ignorar, aceptar, o rechazar, la base de la fe es la realidad humana. Jesús no es una fantasma o la imaginación de los discípulos; él es el que conocieron durante su vida terrenal. Las mismas palabras que usamos para hablar de nuestras realidades cotidianas (tócame; dame algo de comer) son usadas para describir la realidad de Jesús. Sin embargo, aquí, como en otros cuentos de su aparición en el Nuevo Testamento, es claro que ésta es una realidad nueva, una realidad más allá de la mera existencia física. De esta manera el Evangelio nos asegura que Jesús no posee un cuerpo revivido de entre los muertos. Jesús existe en modo divino; él es capaz de aparecer de repente, ya no ligado por las leyes de espacio, tiempo, y materia física, pero él puede ser tocado y puede consumir la comida.

El cuento del Evangelio de San Lucas junto con su segundo libro, Los Hechos de los Apóstoles, bien pueden ser llamados la buena noticia del Espíritu Santo. Su fondo es la mala noticia que los seres humanos están en un estado de alienación de Dios y alienación de uno al otro. La acción de Dios de perdón misericordioso y reconciliación comenzó en el tiempo hace mucho con la presencia del Espíritu guiando al pueblo elegido, Israel, como escuchamos en la lectura de Los Hechos de los Apóstoles (Hechos 28:25). El mismo Espíritu permitió a Jesús hacer el trabajo que el Padre le envió a llevar a cabo.

Ahora en la última aparición a sus discípulos, el Señor Jesús resucitado les autoriza a iniciar su parte en el cumplimiento del plan de Dios. Con la venida del Espíritu Santo en Pentecostés, la época del Espíritu Santo actuando dentro de la Iglesia continúa la comisión de Cristo de predicar el arrepentimiento y el perdón de los pecados de todas las naciones. Jesús sabía que sin su Espíritu sus discípulos y aquellos que les seguirían serían totalmente incapaces de cumplir su mandato.

Cada domingo mientras escuchamos a las lecturas de las Escrituras, podemos aprender cómo el Espíritu estaba con Jesús y cómo el Espíritu quiere inspirarnos. Así, en la primera lectura de la Misa de este domingo de los Hechos, vemos un nuevo Pedro, ya no negando a Jesús, sino hablando con audacia a miles de personas por el poder del Espíritu. Él y los otros discípulos ya no están paralizados por miedo. Hablan, a riesgo de sus vidas, con la alegría confidente y audacia de Cristo mismo.

Este empoderamiento por el Espíritu no es algo que pasó hace veintiún mil años. No es meramente un evento histórico. Esto pasa hoy. Esto me ha pasado a mí. Estaba tan asustado de predicar cuando era un candidato diácono que hablé con el Director del Diaconado que quizás no podría ser ordenado porque yo no podía predicar. Los sacerdotes siguieron diciéndome que el poder del Espíritu Santo me empoderaría, pero yo no podía creerlo. El Director incluso habló de mi temor con el arzobispo, y los dos de ellos decidieron no darle a mi clase de diácono la facultad de predicar. Entonces ¡Qué cosas tiene la vida! Mi ahijada, que iba a casarse dos meses después de mi ordenación, me pidió predicar su homilía de la boda. Tuve que ir al Director para pedir una excepción. El arzobispo cambió de opinión y permitió a mi clase recibir la facultad de predicar. Sólo por el poder del Espíritu Santo puedo hacer lo que hago.

Es el Espíritu que permite a todos nosotros conocer a Cristo y vivir como él vivió. En la segunda lectura, San Juan nos dice que podemos estar seguros de que nuestro conocimiento de Cristo es verdadera fe si guardamos sus mandamientos, y todos nosotros sabemos que sus mandamientos son amar a Dios y amar a los demás como él nos ha amado. Este tipo de amor podemos tener sólo con el poder del Espíritu.

También el Espíritu nos permite compartir la alegría pascual de Cristo. La alegría completa de la presencia del Espíritu se prevé en la experiencia de los discípulos del Señor resucitado: «Ellos se postraron ante él. . . . Después volvieron llenos de gozo a Jerusalén» (San Lucas 24:52). Hoy en día en el partir el pan con el Señor, oremos por la gracia de aceptar el don del Espíritu, la promesa de su Padre, con todo nuestro corazón para que podamos vivir y actuar como cristianos sin miedo—en libertad, en verdad, en amor, y en alegría.

Homilía de; 15 de abril de 2018